



**SOBRE LAS
ESTRELLAS
DIBUJÉ MI
DESTINO**

Rosana Ample



Sobre las estrellas dibujé mi destino

Rosana Ample

© Rosana Ample

ISBN: 9781523890743

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o almacenada en un sistema informático o transmitido de cualquier forma o cualquier medio electrónico, mecánico fotocopia grabación u otros métodos sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

Diseño de portada: Alicia Vivancos

Maquetación Interior: Alicia Vivancos

www.aliciavivancos.com

A mis padres y hermana.



PARTE
1

1

Sin un adiós

Quedaban doce minutos para darle la bienvenida al 2011; era el primer fin de año de Andrea sin su marido.

Eligió ponerse el mejor vestido que tenía en su armario, diseñado por Oscar de la Renta, largo, de color gris perla, con escote asimétrico y una abertura lateral que nacía en su cadera descubriendo sus largas y delgadas piernas.

Recordó el rostro de deseo de Ignasi la primera vez que se lo puso, mientras le colocaba sus grandes manos sobre su fina cintura y la piropeaba. Seguía manteniendo una bonita figura, a pesar de sus cuarenta y seis años.

Su frágil y solitario estado la había llevado a una leve dejadez, poco apta para semejante vestido, al cual no le acompañaban buenos complementos. Calzaba unas pantuflas color rosa y llevaba el pelo desastroso, enroscado con un coletero. Su pálido pero sonrosado rostro se había tornado más blanquecido y apagado.

Desde los altavoces con forma de prisma, conectados al sofisticado televisor, escuchaba la bella voz de María Callas. La melodía la transportó a maravillosos recuerdos, en los que Ignasi y ella acostumbraban a escuchar, tumbados uno sobre el otro— con sus cuerpos desnudos— las mejores óperas de todos los tiempos.

Ambos eran de los pocos que valoraban que una buena ópera debía estar cantada en el idioma originario del compositor. Sentada sobre la alfombra del salón, Andrea fumaba y bebía whisky de su vieja patria irlandesa.

Sobre los bordes del resto de una pizza, acababa de apagar su tercera colilla. En ese instante volvió a ojear la póliza de seguro de vida de su marido y se dio cuenta de

que la había manchado de salsa de tomate. Aquella mancha revelaba lo poco que le interesaba el papel.

Siempre había respetado su pasión por los deportes de riesgo, e incluso disfrutaba viendo sus descargas de adrenalina. Recordaba su penúltima aventura en kayak, cruzando el lago Saimaa, en Finlandia, el pasado verano. No le había importado regresar con las manos, e unos llenos de llagas por la fría travesía. Según él, sólo por contemplar la naturaleza del lugar ya valía la pena. El salón estaba repleto de fotografías de sus circuitos. Entre las fotos de su viaje a Perú, adentrándose en selvas vírgenes, donde asentó su campamento cerca de los indígenas, y el día que ascendió a la parte más alta del Everest, reposaba su urna cineraria de cerámica.

Llevaba tres meses sin él y trataba de volver a encontrarle sentido a la vida.

Se preguntaba por qué le estaba costando tanto adaptarse. Habían sido un matrimonio independiente y dinámico, en que ambos recelaban de sus vidas paralelas. Un matrimonio poco convencional, a ojos de la gente prejuiciosa.

Lo que más le dolía a Andrea era que siempre había intuido que habría un trágico final. Ignasi provocaba a la muerte, admitía sentir una sensación adictiva cada vez que rozaba los límites de ésta.

Sentía su presencia en el salón, estaba convencida de que él estaba ahí, con ella. Apagó la música para regocijarse del silencio. En menos de un minuto, sintió escalofríos en su oreja derecha y posteriormente en todo su cuello.

—Estás aquí, cariño, huelo tu perfume, no te vayas, quédate aquí, me he puesto tu vestido favorito, ¿te gusta? Bueno, no me he arreglado mucho, no pensé que vendrías, la verdad es que no estoy de humor —dijo entre sollozos.

De repente, escucho gritos en la calle, vecinos que soplaban estridentes silbatos y aplaudían. El 2011 acababa de llegar. Alzó su copa de whisky y balbuceó entre lágrimas.

—Feliz año nuevo, amor mío, estés donde estés.

2

El hallazgo de Emma

La prohibición despierta el deseo, especialmente a adolescentes curiosos como Emma Barceló. La oscura azotea siempre estuvo cerrada ante sus ojos, hábitat abandonado por sus padres y con entrada vetada. Nunca les vio entrar o salir de esa habitación alargada y estrecha de techos bajos. La primera vez que decidió entrar era verano; no resistió ni un minuto en el interior, las tejas de pizarra convertían la habitación en una sauna. La mejor fecha para entrar era en invierno y a horas en que la luz solar acompañase. Justo en esa franja horaria, ella se encontraba en la escuela.

Siempre intuyó que escondían secretos y no entendía por qué abandonaban sus recuerdos —en especial su madre, que nunca hablaba sobre el pasado—.

Llevaba desde los catorce años buscando la llave de ese pequeño baúl; era lo único que le quedaba por rastrear. No le obsesionaba, simplemente no perdía la fe de que algún día la encontraría. Anteriormente ya había abierto cajas llenas de polvo y telarañas, había ojeado estanterías de viejos libros cuyas páginas escondían una postal con un sello exótico (alguien que desconocía saludaba a un pariente suyo con especial cariño), y Emma sentía el ímpetu de saber más...

Coincidiendo con el puente de Todos los Santos, Emma no tenía escuela el lunes 31. Su madre estaba trabajando y tenía vía libre; sin embargo, su actitud disciplinaria de excelente estudiante, le hicieron olvidar la posibilidad de poder subir a la azotea en plena luz del día. Estudiaba periodismo en La Facultad de Ciencias de la Comunicación de

la Universidad Internacional de Cataluña, quería especializarse en periodismo de investigación.

Tras varias horas de estudio, su mente perdió la concentración y le pidió un poco de diversión, de modo que buscó entre sus redes sociales. La mayoría de actualizaciones de los perfiles estaban relacionadas con Halloween y, sin saber por qué, le vino a la mente el cementerio de los recuerdos de papá y mamá.

Se había hecho mayor; el sitio no era tan grande como ella lo recordaba, y permanecían enseres que no había percibido antes o que, con el paso del tiempo, ya no tenía aversión en tocar o contemplar.

Emma apreció algo nuevo: las paredes de la habitación eran de ladrillo común, algo discordante en una casa diseñada hacía veinticinco años por uno de los mejores arquitectos de Barcelona. Es más, sus padres nunca habían escatimado en la estética del hogar; había una imperfección en una esquina, un ladrillo estaba colocado de forma lateral y mostraba los agujeros cuadrados. Se acercó para atisbar ese nuevo detalle e inesperadamente encontró lo que durante años buscaba; escondida, pero mostrándose a cualquier audaz indagador, se hallaba una vieja llave de bronce pesada con un cabezal en forma de trébol. Pensó en los orígenes irlandeses de su madre y dedujo que en el interior se debían encontrar bellos recuerdo de su infancia y pertenencias de sus difuntos abuelos O'Keeffe.

Tenía que darse prisa, pronto empezaría a oscurecer y la bombilla de la entrada no iluminaba suficiente la gran sala de techos bajos. Además, su madre estaría a punto de llegar. Quitó el polvo de la llave con la sabana que cubría una vieja mecedora y con dinamismo procedió a abrir el baúl e inventariar el contenido.

En ese instante el pelirrojo Ramsés, su avisado gato, salió de la azotea y bajó hasta el gran recibidor para dar la bienvenida a la dueña de la casa.

Su madre acababa de llegar. No obstante, Emma no vaciló, tomó el baúl, lo dejó en su habitación y guardó la llave en sus vaqueros. Seguidamente bajó al salón para reunirse con su madre y ayudarla a preparar la cena.

Estaba impaciente por terminar de cenar, darle un beso de buenas noches a mamá y descubrir qué escondía ese baúl.

—Mami, no haces buena cara, ¿tuviste un mal día? —preguntó Emma.

—La verdad es que ha sido un día normal... últimamente me siento excesivamente cansada —contestó Andrea.

Se habían terminado aquellas copiosas y familiares cenas en que su padre cortaba jamón ibérico como entrantes y preparaba el *pa amb tomaca*, en que siempre había peleas por el idioma oficial del hogar. Emma e Ignasi hablaban en catalán; Andrea pensaba que lo hacían para guardarle secretos, pero en el fondo lo que le ocurría era que tenía celos de la afinidad entre padre e hija. Andrea y Emma tenían que empezar a entenderse a la fuerza; la madre lo intentaba pero Emma estaba muy inquisitiva últimamente.

Las dos seguían pensando que era un mal sueño y que en el momento menos pensado aparecería por casa declarándose aprendiz de un nuevo deporte de riesgo. Era lo que a su hija más le divertía de su padre, su espíritu aventurero, siempre rozando la temeridad. Él la hizo crecer sin miedo al riesgo; sin embargo, su madre no soportaba tanta descarga de adrenalina, intuía que algún día no podría burlar a la muerte.

Y así fue. Ignasi compró una avioneta de los años 40. Junto con su mejor amigo, la arreglaron; ambos entendían

de mecánica y les parecía divertido, eran como niños... el mismo día que la estrenaron, un domingo de invierno por la mañana, hubo un fallo en los motores y la avioneta cayó al mar.

Desde la muerte de Ignasi, madre e hija seguían desoladas. No habían sabido aún encauzar sus vidas; este suceso las había unido más, pero a la vez ponía en exposición algunas incógnitas de su madre, la cual ahora se había vuelto más hermética con su pasado. Emma veía ilógico ciertas situaciones, entre otras que su madre, Andrea, no podía esconder su amor por Inglaterra. Estaba enganchada a series británicas, le fascinaba el Brit Pop, escuchaba la radio inglesa por Internet e incluso compraba periódicos británicos. Sin embargo, nunca hablaba de sus años de estudiante por Londres. Además, poseía una preciosa casa en el barrio de Kensington donde residía su única y apreciada pariente. ¿Por qué ahora mamá no sugería trasladarse a Londres por una temporada?, se preguntaba Emma.

Habían visitado la capital inglesa solamente dos veces. Eran sus parientes los que frecuentaban mucho más la ciudad condal. Emma siempre había querido estudiar un año académico en Londres, pero sus padres se negaban, siempre rebatían que sería mejor elección EEUU o Canadá, destinos poco atractivos para ella.

Mientras abría por segunda vez el viejo baúl, Emma sintió que cier/spió queta magia se iba a concretar ante ella. Todo el interior lo ocupaba una caja de zapatos marrón precintada con celo de banda ancha. Rasgó el precinto y, tras abrir la caja, no pudo evitar un "wooww!". Ante sus ojos, brotaba la oculta adolescencia de su madre.

Había entradas de discotecas inglesas, tickets de billetes de autobús de diferentes países, postales y viejas fotos

de su madre en la época estudiantil... una de ellas se merecía contemplarla dos veces: un señor vestido de Elvis Presley ejercía de maestro de ceremonias y un atractivo señor vestido de novio abrazaba a su madre vestida de blanco con un *bouquet* de flores en la mano. Ambos parecían muy jóvenes y tenían unas sonrisas de radiante felicidad. Juntaban sus cabezas con complicidad. No parecía una fotografía tomada en una fiesta de disfraces; el fondo del recinto semejaba una iglesia de Las Vegas.

En la siguiente foto ese señor tomaba en brazos a la novia; ambos seguían manteniendo las mismas sonrisas de felicidad.

Quedaba por rastrear en la caja una pila de cartas anudadas con una goma de plástico. Eran cartas para su madre, con remitente de un tal Henry Mullen y domicilio de Epping, Londres.

Antes de abrir las cartas, Emma se detuvo a analizar durante minutos esa vieja fotografía. Había algo que no digería. Ese hombre, esa cara, le era tan familiar... ¿Por qué estaban tan felices? ¿Se había casado mamá antes de conocer a papá? ¿Quién era ese tal Henry?

Empezó a ordenar las cartas de forma cronológica para poder entender la trama de la historia: todas databan del año 91 y 92. Henry no era el hombre de la fotografía; se dirigía a su madre, como su hija de acogida; hablaba de protegerla, la animaba en su aventura en Barcelona. Le comentaba asuntos de su pareja, su divorcio, su hijo, el trabajo... no encontró demasiado misterio hasta leer la cuarta carta. Decía así:

Londres, 12 de septiembre de 1991

Querida Andrea,

Si anteriormente tenías mi indudable apoyo en abandonar esta ciudad, ahora entiendo el peso de tu decisión.

Londres no es una ciudad saludable para tu estado y mucho menos para esa niña, que seguro que va a ser increíblemente preciosa.

Entiendo que debes proteger los intereses de esa niña. Ambos sabemos que él no está a la altura para ser un padre, cuidarla y mantenerla.

Estás a salvo donde estás, y tu secreto está donde está a salvo conmigo.

*Un abrazo para las dos:
Tu padre de acogida,
Henry*

PS: no le llames Charlotte, así se llama su nueva novia. Prefiero el nombre de Emma.

La información quedaba clara, su padre biológico no era Ignasi Barceló, pero entonces ¿quién era?

La mano de Emma empezaba a temblar y el llanto no le permitía leer bien. Ahora entendía por qué el señor de la foto que agarraba por la cintura a su madre le resultaba tan familiar; ella le guardaba un tremendo parecido a él. Ahora comprendía la existencia del cementerio de los recuerdos.

No podía digerir lo que estaba leyendo y releiendo, pero no quedaba duda alguna. Su padre biológico no era quien siempre pensó, y su madre tuvo que huir a Barcelona embarazada.

Emma estaba derrumbada, no paraba de llorar. Afectada por la noticia, el corazón le latía muy rápido; sentía ira, furia, su vida había sido una repugnante mentira; a partir de ese instante, tenía un serio conflicto de identidad. La única verdad que le habían contado era que sus padres se habían casado a los tres años de ella nacer.

Entonces, ¿Por qué Ignasi la había querido tanto? ¿Por qué nunca le dijeron nada? ¿Por qué ocultaron algo tan im-

portante cuando la habían educado con cierta versatilidad y libertad de expresión? Mentalmente ya le llamaba Ignasi, no sentía emoción por referirse a él como “papá”. Eso le dejaba un vacío interior que la hacía sentirse mucho peor que el día que le habían comunicado su repentina muerte. A la vez, no dejaba de recordar todos los maravillosos momentos que había vivido con su padre. Se adoraban, tenían una complicidad envidiable, ¿de verdad que no era mi padre?, se preguntaba mientras lloraba. ¿Por qué me lo ocultó? ¿Pero si me quería con locura? ¿Saben todo esto también mis abuelos? ¿Soy aquí la única tonta que no se entera?

De repente sintió un fuerte deseo de cebarse con su madre. Ella era la gran traidora de esta trama; ella era la única que ocultaba cosas; su madre era una mentirosa, una persona ingrata y desleal que había maniobrado un fraude.

Emma estaba inundada en el llanto, con el alma rota, sentía un intenso rencor por su madre, no era capaz de perdonar semejante traición, nunca sería capaz de creer en alguien, sentía que su vida era una cochina mentira. ¿Quién era su padre biológico?

¿Por qué no debía saber que tenía una hija? y sobre todo le quedaba una gran duda: ¿quién era ella? ¿A quién debía pedir explicaciones? O mejor dicho ¿Quién iba a ser sincero después de tantos años?

El sonido de las burbujas del jacuzzi, el lóbrego ambiente y la cálida temperatura del agua, sumergían a Andrea en un mundo fetal, donde imaginaba que su cuerpo flotaba entre lirios de algún lago del lejano Oriente, con un cielo infinitamente estrellado. Mantenía los ojos cerrados, el baño estaba iluminado por dos velas aromáticas, se sentía en el séptimo cielo; aquella era la mejor forma de relajarse de una estresante vida laboral.

Emma apagó el hilo musical y entró de forma brusca en el baño, sin encender la luz, y gritó mientras sollozaba.

—¿Quién es mi padre?

Andrea ni siquiera se sobresaltó; se sentía desconcertada, su hija parecía estar poseída, llena de furia.

—¿Quieres hacer el favor de decirme de una vez la verdad? ¿Por qué habéis creado tú e Ignasi esta patraña? Ya sé a quién me parezco, mamá. Mis rasgos no son de un antepasado tuyo, me parezco a este hombre —pronunció con tono agresivo mientras encendía la luz y le mostraba una de las fotografías del baúl—. ¿Te casaste con él? ¿Eres bígama?

Andrea no era capaz de reaccionar a la pregunta. Se sentía demasiado intimidada con su cuerpo desnudo y frente a su hija inquiriéndole. Aparentando templanza salió del jacuzzi y cubrió su cuerpo con el albornoz, y seguidamente intentó estrechar fuertemente en sus brazos a su pequeña Emma, que a su vez la empujaba y gritaba:

—¿Quieres decirme de una puta vez quién es mi padre!

Andrea contuvo el llanto. No pensaba perder el control de la situación; estaba convencida de que nada tenía que alterar su futuro.

—Emma, siempre te he sido sincera. Si te oculté algo, fue por mantener tu integridad; confía en mí, por favor, tienes que entender que entre adultos no es necesario contar todas las verdades. Hay asuntos irrelevantes en la vida de los seres que más amamos que, aunque para nosotros pudieron marcar un antes y un después, no tienen trascendencia alguna; de nada sirve contarlos, lo entenderás con el tiempo.

—¿Cómo me pides eso, mamá? Durante diecinueve años has estado engañándome, me has hecho creer que Ignasi era mi padre. Nunca has hablado de tu pasado, de tu adolescencia... ¿Crees que es justo que deba descubrirlo husmeando en tus cosas? ¿Quién es Henry? ¿Qué te sucedió en Londres? Tienes miedo de Londres, ¿verdad?

—Emma, tu padre y yo...

—¿Qué padre? ¿El rubio con el que te casaste en Las Vescute en Lgas? —preguntó Emma mirándola con odio.

Andrea secó sus lágrimas, ocultó su tensión y dijo con firmeza:

—No es importante, de verdad; no dudes de tu identidad, lo has tenido todo; has estudiado en los mejores colegios, has tenido una infancia maravillosa: un padre, una madre, unos abuelos... qué más quieres; ya lo hubiera querido yo, que con tu edad perdí a mis padres y tíos en un accidente de tráfico. Ignasi y yo hemos intentado protegerte a toda costa; por eso no te he contado nada de mi pasado y debe seguir así. No hay nada que contar, así que dame esas cartas ahora, vete a dormir y no hablemos más del tema. Tu padre fue Ignasi, no hay otro, ¿de acuerdo?

Emma salió del baño gritando.

—¡Sí hay otro! No te reconozco, mamá, no te quiero en mi vida.